

LA HUIDA

PEREGRINOS DEL SIGLO XXI

Jesús F. Salvadores



EOLASFOTO

Jesús F. Salvadores

LA HUIDA
PEREGRINOS DEL SIGLO XXI

EOLAS
ediciones

Edita: EOLAS Ediciones

Dirección editorial: Héctor Escobar

Imprime: Gráficas Celarayn, S.A.

© De las imágenes: Jesús F. Salvadores

© De los textos: Óscar M. Prieto, Ana Isabel Conejo, Luis García

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra www.conlicencia.com · 91 702 19 70 · 93 272 04 47

ISBN: 978-84-17315-90-0

Depósito legal: LE 742-2019

Las fotografías que componen este libro fueron tomadas con una cámara Leica M6, objetivos Leitz Elmarit-M 2.8/28 mm, Leitz Summilux-M 1.4/35 mm y Leica Summicron-M 2/50 mm, usando película reversible de 35 mm Fuji Velvia ISO 100.

Ninguna ha sido manipulada digitalmente, excepto en las hojas de contactos.

Por los presentes y los ausentes

La noticia impone el lugar y el tiempo. El suceso. A Jesús se le suele ver con prisas, en el día a día, de un sitio para otro, sin hacer un alto. Así lo exige su trabajo de fotoperiodista, condicionado por lo urgente y lo inmediato. Pero Jesús se libera del acoso del tiempo, que corre tras de él como un perro rabioso, y se quita las prisas, como quien se deshace de una pesada mochila a la espalda, cuando conversa en un bar con un amigo, tomando unas cañas, cuando se encierra en el hogar de su laboratorio, entregado a la alquimia de la imagen, y cuando, ligero de equipaje, con la cámara al hombro, deja el territorio y las horas conocidas y sale de viaje con la curiosidad de saber si la luz, que parece la misma y una, es distinta sin embargo en cada rincón y si nosotros, los seres humanos, aparentemente tan distintos, somos más semejantes de lo que imaginamos. Jesús, intuye sin necesidad de formularlo que para viajar, para aprender, para preguntar y para responder, las prisas no son buenas.

Quizás, esta necesidad de Jesús de detener el tiempo esté en la génesis de su vocación por la fotografía, incluso aunque ni él mismo sea consciente de ello. Pero en realidad, su genio artístico reside precisamente en lo contrario: su fotografía no detiene el tiempo, sus imágenes no son agua estancada. Sabe que detener lo que se mueve implica siempre una violencia que detenga. “El daño que hace el hombre al agua, orgía de sí misma, bailarina de oficio, es pararla”. Lo que logra Jesús con su cámara es conservar tiempo y movimiento, es decir, la vida, la vida que expresan sus fotografías y que revive cada vez que un espectador las contempla. Jesús, como va implícito en su dedicatoria, vuelve presente lo ausente.

Si artista es quien es capaz de descubrir y expresar la sutil diferencia dentro de lo igual, capaz de descubrir y expresar la esencial igualdad que subyace a lo aparentemente diverso, Jesús es un artista. Aunque sospecho que él pueda rechazar esta afirmación. Por eso, voy a matizarla. En la novela de Pío Baroja *Aurora Roja*, Juan, uno de sus protagonistas, siente una tremenda decepción al tratar con pintores y escultores por descubrir que son “gente mezquina e indelicada, una colección de intrigantuelos, llenos de ansias de cruces y medallas, sin asomo de nobleza”. Este desengaño le llevará a poner su fe en los obreros. “El obrero era para él un artista con dignidad, sin egolatría de nombre y sin envidia”.

Si bien es cierto que hay que coger con pinzas toda generalización –habrá artistas miserables y otros generosos, igual que habrá obreros admirables, al lado de los ruines–, este pasaje me sirve para informar a los lectores de que Jesús, como persona y como artista, jamás admitiría la impostura ni el fraude, de que repele toda egolatría y de que está a salvo de la peor enfermedad del corazón: la envidia. “Ser en la vida romero, romero, sólo romero”.

Romeros se les llamaba a quienes peregrinaban a Roma. Esta obra reúne la visión de su autor sobre las peregrinaciones del siglo XXI, sin hacer distinción entre las sagradas y las profanas, pues quizás en todas ellas late una misma pulsión que nos empuja a abandonar la casa y, con caminar ritualizado, peregrinar hacia un destino. Poco importa que se trate de un estadio de fútbol o de una basílica santa, lo que nos mueve es la esperanza de encontrar allí lo que buscamos, lo que nos falta.

¿Qué buscamos? ¿Qué necesitamos? ¿Qué nos falta? La imagen que es portada de este libro puede ser reveladora. Vemos una puerta cerrada, dos peldaños y sobre la pared desconchada el grafiti de la silueta en negro, sombra de un cuerpo humano que camina. Un brazo adelantado sostiene un cayado y sobre este, separada del cuerpo, avanzada, la cabeza.

Es cierto que los animales también peregrinan, pero al ser humano, a diferencia de los millones de ñus, cebras y antílopes que cada año realizan la gran migración en el Serengeti en busca de pastos y de agua, no es el alimento lo que le pone en movimiento, es la cabeza la que se adelanta, la que urge el camino, la que busca, es otro hambre el que necesita saciar.

Entre los años 2005 y 2014 Jesús ha recorrido algunos de estos caminos que transitan los seres humanos que huyen y buscan a la vez. Y lo ha hecho sin que “se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo, ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos, para que nunca recemos como el sacristán los rezos”. Pues es condición del fotógrafo andar por el mundo con los ojos abiertos como platos, para que toda realidad sea nueva y sorpresa que impresione la retina igual que la película fotográfica.

Distintos caminos para una única pregunta, la eterna pregunta, la que nos acucia y acompaña desde el nacimiento hasta la muerte, a la que dar una respuesta, consciente o inconscientemente, dedicamos la vida: ¿Quién soy? Pregunta y respuesta que son únicas para cada uno y son intransferibles, pero que quizás sean demasiado grandes para uno solo. Porque, qué es el hombre sino “un todo frente a la nada, una nada frente al todo, un medio entre todo y nada”.

Quizás, esta tensión entre lo inmenso del abismo y lo minúsculo de nuestra realidad individual explique la paradoja de buscar una respuesta privativa de cada uno, en aquellos lugares a los que acuden millones de nuestros semejantes.

Toda pregunta es una oscuridad, preguntarnos quienes somos es querer salir de la más tupida y densa de las oscuridades. Buscar la respuesta es buscar la luz. Para unos, esa luz será la llama de los cirios, para otros, los focos del estadio, los láseres de los festivales o los *flashes* de las pasarelas. Para la mayoría, al final, la única luz será la de una farola solitaria. “La soledad es un farol certeramente apedreado”. Dijo el poeta. Unos buscarán acompañar esa soledad en el silencio de la oración, otros en la orgía de los sentidos y muchos más en la visceralidad de un partido de fútbol.

Hay espejos también en algunas imágenes. Pero los espejos no sirven para conocernos. Para conocernos necesitamos mirarnos en los rostros de nuestros semejantes. Aparece algún maniquí. En esto nos convertiremos si dejamos de preguntarnos ¿quién soy? y de buscar una respuesta. No encontraremos espectacularidad en estas imágenes, no es lo espectacular lo que le interesa al autor, su afán es revelar el alma humana en esos desgarramientos de luz y tiempo que la muestran confundida y buscando, movida por el miedo y la esperanza, entre la multitud.

Jesús ha recorrido medio mundo para reunir esta selección de imágenes y lo ha hecho con una premisa que todos deberíamos aplicarnos: no juzgar. Evitemos juzgar a nuestros semejantes, pues como nos advirtió Tucídides: “hombres somos y nada de lo humano nos es ajeno”. Esta es una de las muchas lecciones que este libro nos regala, lo que lo hace más valioso. Aunque me temo que a Jesús no le gusta dar lecciones.

Óscar M. Prieto



Ciudad del Vaticano, 2005

Leo en las imágenes que componen este libro las infinitas caras de la sed. Sed de sentir: los brazos abiertos hacia el cielo recibiendo la música, los labios que son lámparas. Sed de pertenecer: una bandera multicolor en la fachada, una peineta en el pelo, la camiseta de tu equipo. Sed de escapar: mirar el mundo desde lo alto de un caballo, de una moto, de un escenario, de una caravana. Sed de aplacarse: rostros y velas encendidas contra el dolor, ducharse al aire libre una mañana asfixiante de julio, una sombrilla, cuerpos vencidos por el sueño o por distintas causas. Sed de expresar: la estructurada libertad de la danza, hombres que gritan, saltar, cantar, tocar un instrumento. Sed de tener: trae aquí el catálogo, me compraría todas esas figuras blancas de la Virgen, todas las prendas que cuelgan de las perchas, esta mujer es mía, ved cómo la sujeto. Sed de cambiar: pelucas, un disfraz, camisetas y gafas amarillas. Alguna vez quiero ponerme un traje de volantes. Sed de saber: ¿qué oculta la persiana metálica? Sed de entregarse: un abrazo, el momento del gol, la multitud a oscuras con velas encendidas. Sed de los otros: cuerpos, voz, alma, rostro. Sed de uno mismo: detenerse a mirar el horizonte, a descansar debajo de un farol, limitarse a mirar, a resistir, a ser.

Todos los peregrinos somos seres sedientos. Y todos apuntamos como flechas hacia una posibilidad que queda fuera del encuadre. La foto capta el impulso, el movimiento, no el punto de llegada. Ese final ¿qué importa? Los sedientos estamos con Kavafis: lo de menos es Ítaca.

Ana Isabel Conejo

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Antonio Machado



















Jesús F. Salvadores (León, 1975) trabaja desde 1998 como fotoperiodista para diversos medios de comunicación como *Diario de León*, *El País*, *El Mundo*, *Diario 16* o *ABC*. En los años 2006 y 2011 se alzó con el Primer Premio Francisco de Cossío de Fotoperiodismo de Castilla y León y en el año 2018 con el Premio Mingote de Fotografía del diario *ABC*. Este proyecto sintetiza su labor creativa desde 2005 hasta 2014 y se centra en el sentido de la huida como concepto. Parte de un homenaje sincero y emotivo a la fotografía analógica mediante el uso de la diapositiva, esa imagen de la luz, no seriada y pensada para una visión colectiva. Jesús F. Salvadores lleva al punto álgido el **instante fotográfico** de Henri Cartier-Bresson y alcanza una exquisita y sutil perfección en la construcción mental de la composición a partir de la anticipación e inmediatez intuitiva del momento. Maestro genuino en el uso del **fuera de campo**, crea evocaciones espaciales que incorporan al espectador en un juego atmosférico y laberíntico: es el prestidigitador que nos embelesa con la imagen abstracta que se transforma en la realidad más descriptiva; el equilibrista que nos conduce por composiciones de evocación barroca, arriesgadas, dinámicas y tensas; el pintor de las gamas cromáticas ácidas y las delicadas veladuras, el poeta de la imagen. Al mismo tiempo aporta una visión crítica de esa sociedad que se ve perdida y urge de los grandes mitos y leyendas para dejarse llevar e incluso encontrar sentido a la vida, generando multitudinarias peregrinaciones espirituales, deportivas, musicales, moteras o reivindicativas del siglo **xxi**.

Luis García